
fiesta popular

MARCELO F. NARANJO

LA CONTINUIDAD DE LA TRADICIÓN¹

El antropólogo Marcelo Naranjo, nos presenta un análisis de las festividades de San Juan de Cumbayá, que tienen lugar año a año en uno de los valles circundantes a Quito. Da cuenta de cómo en esta celebración una serie de manifestaciones culturales siguen vigentes, tal es el caso de elementos altamente significativos en el mundo andino, como el priotazgo y la reciprocidad.

El artículo permite reflexionar sobre cómo, en un contexto geográfico particular, lo moderno y lo tradicional coexisten, al tiempo que la cultura popular encuentra mecanismos de reivindicación en un espacio que, en los últimos años, ha sido irrumpido por el desarrollo urbano asociado a estratos económicos altos.

¹ Este artículo forma parte de una investigación mayor titulada “La Cultura Popular en la Provincia de Pichincha”, la misma que se encuentra en curso. En ella, a más del autor de esta publicación, intervienen en calidad de investigadores: María Rosa Cevallos, Katty Hernández, Luis Páez y Amaranta Pico.

I. Introducción

La ciudad de Quito, dentro de su proceso urbano, se ha encontrado con una serie de problemas, entre los cuales, uno de los más notorios, es la ausencia de espacios físicos disponibles para su crecimiento. La topografía de la ciudad, enclaustrada en un valle circundado por cadenas cordilleras, que limitan su crecimiento exclusivamente al eje norte-sur, ha requerido que se busquen otras alternativas territoriales para satisfacer la gran demanda de suelos urbano, y permitir, de esa manera, que la ciudad se pueda seguir consolidando, y responda a la ingente demanda que resuelva o de algún modo atenúe la carencia de espacios disponibles.

En esta incesante búsqueda, los valles adyacentes a la ciudad (el Valle de Los Chillos y el Valle de Cumbayá-Tumbaco), han sido seleccionados por los urbanizadores, inversores de tierras y especuladores urbanos, como los sitios ideales para cubrir el déficit que, en materia de espacio disponible, presenta la ciudad.

El nuevo poblamiento de los valles mencionados, casi en la mayoría de los casos, corresponde a urbanizaciones exclusivas para personas de altos ingresos, cuyo nivel de vida se desenvolvería en el contexto de los cánones de modernidad. En este proceso expansivo de la ciudad, considerables espacios de terreno han tenido que cambiar su natural

vocación de ser tierras agrícolas, para convertirse en suelos urbanos, con todas las derivaciones que este proceso implica, especialmente en el contexto de la revalorización del precio de los mismos, que para el caso que nos ocupa, han llegado a límites escandalosos. La bucólica imagen de los otrora “tranquilos y acogedores pueblitos” que integraban el paisaje de los valles, con su gente sencilla y hospitalaria, ha sido cambiada al de grandes urbanizaciones donde el lujo, la exclusividad y el confort, son los nuevos símbolos identitarios.

Pese a lo dicho, “el sabor de la ruralidad y la sencillez” aún se esconde en algunos espacios de los valles circundantes a Quito, y en aquel contexto, una serie de manifestaciones culturales tradicionales siguen vigentes entre sus pobladores. Precisamente, en las líneas que siguen a continuación, se dará cuenta de las festividades de San Juan de Cumbayá, celebración que se realiza cada año, la misma que sigue concitando no solamente la curiosidad de la gente, sino su activa participación en todas y cada una de las actividades que con ocasión de ella, tienen lugar en el poblado que lleva su nombre.

II. Etnografía de la fiesta²

2.1 El sitio.

San Juan de Cumbayá es un barrio perteneciente a la parroquia de Cumbayá. Se encuentra ubicado en el extremo nor occidental del valle, enclavado en una colina desde la cual se divisa la gran llanura que corresponde a las poblaciones de Cumbayá y Tumbaco, así como también se accede visualmente a varios de los nevados de la cordillera

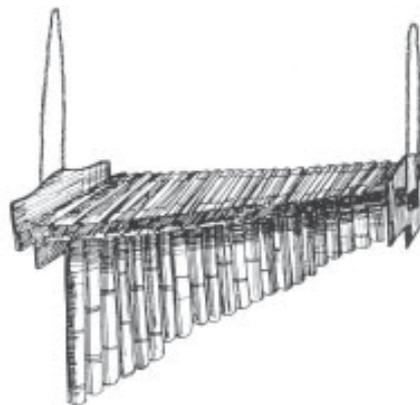
2 Debido a limitaciones de espacio para esta publicación, solamente se realizará la etnografía del primer día de la fiesta. En los resultados de la investigación en curso, referente a la Cultura Popular en la provincia de Pichincha, se hará un recuento completo de esta festividad de gran importancia para el sector.

oriental. Desde cualquier rincón de este barrio se obtiene una espectacular vista en términos paisajísticos. San Juan es un barrio en transición, puesto que su infraestructura ha ido cambiando de forma notoria en los últimos años. Su paulatina consolidación a nivel urbanístico es una de sus características, lo cual ha permitido que en este asentamiento haya habido un agresivo cambio en el uso del suelo, desde una utilización en actividades agrícolas, hasta una expansión del suelo para viviendas. En la actualidad una pequeña porción de habitantes se dedica a la agricultura, y cuando ésta se da, es únicamente para auto subsistencia.

Al barrio le rodean conjuntos urbanos nuevos, construidos para personas de recursos económicos significativos. Adicionalmente, en el territorio que constituye San Juan de Cumbayá se han emplazado una serie de colegios, cuyos alumnos son hijos de hogares de altos niveles económicos. Aunque el barrio también ha sido afectado por el proceso migratorio que vive el país (migración hacia el exterior), los habitantes que siguen poblando San Juan son numerosos, y a nivel laboral son empleados, obreros, profesores, pequeños empresarios, etc. La mayoría de ellos realizan sus actividades laborales en la ciudad de Quito, sitio al cual se desplazan desde tempranas horas de la mañana, y vuelven en la noche.

2.2 La fiesta propiamente dicha

Pese a que cuando el calendario marca el 24 de Junio, “oficialmente” se da inicio a la celebración de la fiesta de San Juan de Cumbayá, en estricto sentido, ésta da comienzo un año atrás, cuando los antiguos priostes “pasan el cargo³” a los nuevos, y éstos asumen las responsabilidades de ser



los organizadores y patrocinado-res del ritual festivo, cuyo punto culminante tendrá lugar en los días 23, 24, 25, 26 del mes de junio, cuando la fiesta tendrá su mayor esplendor, y reunirá en intensas jornadas a patrocinado-res, participantes y espectadores, todos ellos motivados por su gran devoción a “San Juanito”, en el aspecto religioso, y a la gran diversión y regocijo en su aspecto profano.

Aunque como ya quedó dicho, dentro del desarrollo de la fiesta hay algunos conglomerados sociales quienes deberán jugar un rol protagónico, no es menos cierto que se trata de una fiesta popular, en donde el barrio, como un todo, se siente incorporado al festejo, y, en esa condición, hombres y mujeres, niños y jóvenes, van asumiendo tareas específicas de cara a que la calidad de la fiesta sea mantenida y que todos sus participantes puedan disfrutar de ella, y que, al final, la satisfacción general sea el sabor que quede en las mentes y en los corazones de los habitantes del barrio.

En las líneas que vendrán a continuación se hará un recuento comentado del primer día de la realización de la fiesta en el barrio San Juan de Cumbayá, que se encuentra en un verdadero proceso de transición hacia la modernidad.

Era sábado después de medio día, y fuimos informados que los participantes en las comparsas y el público en general, ya se estaban

3 La expresión “pasar el cargo” alude a la transmisión de responsabilidades, derechos y deberes de los anteriores patrocinadores de la fiesta a los nuevos. Esta terminología ha sido comúnmente utilizada en los análisis de la fiesta campesina.

4 El capitán es un personaje típico de la organización comunal, quien, en representación del alcalde, se encargaba de la organización de varias actividades de beneficio comunal. Trasladado al ámbito de la fiesta, es quien organiza, por encargo del prioste, la buena marcha de ésta, especialmente en lo que tiene que ver con la actuación de las comparsas. Asume su cargo por pedido directo del o los priostes.

reuniendo en la casa del capitán⁴. Apenas se escuchaban algunas melodías a través de los altoparlantes del “disco móvil”, instalado precisamente en la casa de los capitanes. Conforme subíamos por las escarpadas colinas del barrio de San Juan de Cumbayá y nos acercábamos al lugar donde la gente se estaba congregando, la música se hacía más audible. En el trayecto nos encontramos con algunos disfrazados, quienes nos comentaron que de un momento a otro iba a iniciarse la fiesta. Cuando terminamos de subir la interminable cuesta, agobiados por un canicular sol de verano, encontramos que una de las callejuelas del barrio había sido “tomada” por los invitados, disfrazados, patrocinadores y público en general. El espectáculo era multicolor, parecía que los disfrazados “sin quererlo” competían por saber de quien era el vestido más colorido, cromática que se aumentaba por el reflejo intenso de un generoso sol de verano. La mayoría de estas personas estaba disfrutando del “convite⁵” (del almuerzo) que los capitanes estaban ofreciendo literalmente a TODAS las personas que estaban allí. Muchos “ayudantes y ayudantas⁶”, en grandes charoles, distribuían agenciosamente las viandas que generosamente contenían grandes cantidades de papas, carne de gallina, carne de cuy, carne de cerdo con sus respectivos platos acompañantes. Por otro lado, un conjunto de “estanqueras⁷” (mujeres encargadas de la distribución de las bebidas), haciendo gala de gran hospitalidad, distribuían la chicha de jora, preparada ex profeso, al mismo tiempo que ofrecían aguardiente y otro tipo de licores. El

5 El convite es un generoso banquete ofrecido por el capitán, no solamente a quienes participan de la fiesta, sino a todo quien aparezca por el lugar. La mayor o menor generosidad del convite le concederá al capitán el mantenimiento, aumento o disminución de su prestigio social.

6 Personas con algún grado de parentesco con el capitán, o simplemente allegadas a la familia del mismo, quienes han sido invitadas para ayudarlo en el cumplimiento de una serie de funciones, como la administración de la comida.

7 Las estanqueras son las personas encargadas de distribuir las bebidas a los asistentes. Su nombre viene de la palabra estanco, institución que tanto en la colonia como en la república concentró el monopolio de la venta y distribución de alcohol para beneficio del estado.

regocijo y la cordialidad eran las normas que imperaban en esos momentos. Durante el tiempo del convite algunos disfrazados bailaban, desorganizadamente, a los acordes de los sones del disco móvil contratado para la ocasión. Como detalle que decoraba aún más el espectacular paisaje, desde la cima de la colina se podían divisar algunas urbanizaciones ultra modernas de gente exclusiva..., lo cual contrastaba de forma notoria con el popular sabor de la fiesta que en esos momentos tenía lugar.

Mientras los invitados o no, terminaban de dar cuenta sus superlativas viandas, súbitamente se produjo una suerte de excitación colectiva, la misma que se hizo más notoria cuando se comenzaron a oír los acordes musicales de una banda de pueblo. El comentario general fue: “Ya viene San Juanito, ya vienen los priostes”. Efectivamente, en breves momentos una pequeña peregrinación presidida por las andas del santo, portada por algunos devotos, los priostes y sus familias, así como la banda de músicos se hizo presente. Entre vivas al santo y vivas a los priostes, se realizó la entrada de los nuevos priostes a la casa del capitán. Una vez que se produjo este evento, los ánimos se calmaron relativamente, y se iniciaba otro compás de espera hasta que los priostes y sus acompañantes, así como los músicos de la banda almorzaran. Todo esto en preparación a las actividades que iban a tener lugar en la tarde y noche, y que con seguridad serían largas y llenas de intensidad. Mientras esto sucedía, algunos disfrazados, en pequeños grupos, danzaban a los acordes del disco móvil que marcaba el ritmo a través de sus potentes equipos de amplificación.

Una vez que los priostes de la fiesta de este año (2006) y los miembros de la banda de música terminaron de almorzar, nuevamente la agitación se hizo presente entre todos los participantes. Se comenzaron a repetir frases como: “ya va a comenzar, todos a sus lugares, fórmense, etc.”. Efectivamente, con el regreso de los priostes y la “resurrección” de los miembros de la banda, a través del milagro de la

comida, se iba a iniciar el desfile de los disfrazados, la procesión del santo hasta la iglesia, y la transportación de las “vacas locas⁸, castillos y demás instrumentos de volatería” hasta el estadio de la localidad, para la fiesta nocturna.

El caporal⁹, látigo en mano, reunió a los disfrazados que se habían disgregado por todas partes, y con la misma energía y autoridad de las épocas de hacienda, obligaba a los participantes a engrosar prontamente las filas de la comparsa. Como se podrá entender, la actuación de este personaje causó conmoción entre los participantes, quienes en el afán de escapar de los latigazos proporcionados por el caporal, corrían de forma alocada tratando, cuanto antes, estar dentro del grueso de la comparsa.



-
- 8 Las llamadas vacas locas son unas estructuras elaboradas de carrizo que rematan en una cabeza de res. Poseen un hueco en la mitad de su estructura para permitir que una persona, entrando en dicho orificio, pueda llevarlas. Son ricamente adornadas con papeles de colores y una variedad de frutos. Cuando entran en acción, se las prende unos dispositivos que están en su estructura, así como en sus cuernos. Quien porta la vaca loca persigue a la gente, produciendo gran alboroto. Se trata de desprender los frutos y otros objetos con los cuales ha sido decorada. La vaca loca es una de las eternas invitadas a las celebraciones de carácter popular.
- 9 El caporal es un personaje típico de la hacienda. Su obligación era controlar el trabajo de los peones. Fue un personaje cruel, quien físicamente castigaba a los trabajadores con el auxilio de un látigo conocido como acial. Dentro de la fiesta el caporal será el encargado de mantener en orden en la comparsa, blandiendo su látigo cuando la ocasión amerite. Su atuendo consiste en un zamarro, botas con espuelas, una bufanda, el sombrero y el infaltable látigo.

Más de uno de ellos rodó por el suelo en su frustrado intento de no recibir el consiguiente latigazo. Toda esta escena tenía lugar entre el regocijo de los espectadores quienes presenciaron animadamente la persecución.

Lo que vino a continuación fue una de las más coloridas manifestaciones de la cultura popular en un contexto típicamente urbano, nos estamos refiriendo a la presencia de la **Payasada** dentro de la comparsa. Alrededor de doscientos payasos¹⁰, de todos los tamaños, ricamente engalanados con sus llamativos atuendos, teniendo como denominador común el uso de una máscara (localmente conocida como careta), se formaron en dos filas y comenzaron a bailar a los acordes de la banda de pueblo. La coreografía básica era sencilla: mecían su cuerpo de izquierda a derecha, al mismo tiempo que daban pequeños pasos rigurosamente marcados por el diablo Uma¹¹, personaje éste que, con su típica máscara de dos caras muy ricamente engalanada, con su zamarro característico y su infaltable acial en mano, controlaba el ritmo de la danza y daba las órdenes a la abigarrada comparsa, de avanzar o retroceder.

Como ya habíamos señalado, aunque los pasos de la coreografía eran básicamente simples, varios miembros de la payasada hacían todo tipo

10 Nos comentaron que desde el año anterior, en el conglomerado de payasos ya se registra la presencia de payasos mujeres, cosa desconocida anteriormente. Del mismo modo, también llama la atención la variedad de payasos niños y jóvenes de ambos sexos.

11 En la simbología andina el diablo Uma es un personaje muy importante a la vez que popular. Usando una máscara de tela de doble cara, una de ellas va en la cara y la otra en la parte posterior de la cabeza, concentra dentro de sí la oposición de lo masculino y femenino, así como de lo bueno y lo malo, dentro de las oposiciones binarias del mundo andino. Este personaje a más de su máscara también está vestido con un zamarro de piel de borrego o llama y lleva en sus manos un látigo con el cual dirige la coreografía del baile, especialmente de los payasos.

de cabriolas, no solamente para llamar la atención, sino para dar mayor animación a la comparsa. La comparsa como un todo avanzaba lentamente hasta cierto sitio, lugar en el cual, y siguiendo las instrucciones del diablo Uma, giraban hacia adentro y retrocedían por el camino ya andado. Todas estas circunvalaciones eran ordenadas por el personaje señalado, y enérgicamente controladas por el caporal, quien animaba a los bailarines con su voz y les amenazaba con el látigo que lo tenía desplegado todo el tiempo.

La comparsa estaba integrada fundamentalmente por los payasos, pero ella, además constaba de un reducido grupo de personas, de edad adulta, quienes estaban disfrazados de indios e indias otavaleños (aunque todos eran hombres), y cuya coreografía en nada se parecía a la mantenida por el grueso de la comparsa. Fuimos informados que aquel era el grupo más tradicional, y que su participación dentro de la comparsa tenía decenas de años. Adicionalmente el idioma que entre ellos hablaban era el quichua. En la comparsa general también se advirtió la presencia de “nuevos personajes¹²” como unos disfrazados de perro, otros de gorilas, otros cuyos atuendos eran difíciles de calificarlos, etc. Todos estos nuevos personajes, tanto por sus singulares coreografías, así como por la constante interrelación con el público que hacía de espectador, causaban gran regocijo entre todos. No está demás decir que la mayoría de las bromas que ellos hacían, así como su lenguaje corporal, tenían un notorio tinte erótico.

Dentro de la composición de la comparsa estaban los capariches¹³, quienes vestían de indios con un pequeño poncho que les llegaba hasta

12 Nuevos, no en el sentido de esta fiesta en particular, sino que han sido incorporados en los últimos años, ya que no pertenecían a los personajes tradicionales de la fiesta.

13 En los albores de la fundación de la ciudad de Quito, los capariches eran indios de la periferia de la ciudad quienes se desempeñaban como recolectores de la basura, así como también de aguateros. Aunque dichos oficios y esos personajes han desaparecido, la memoria colectiva aún recrea su presencia.

la cintura, un sombrero de fieltro blanco, tipo explorador (conocido localmente como sombrero de ca-pariche), de cuya falda, en su lado posterior, colgaban una serie de cintas de variados colores. Llevaban consigo, colgadas de la espalda unas, escobas pequeñas, que recordaban su antiguo oficio. Cubrían sus caras con unas máscaras de tela metálica en las cuales se habían pintado las facciones de un ser humano. También era un grupo numeroso, aunque no tan nutrido como el de los payasos.

Otra sección de la comparsa estaba compuesta por un grupo de negros vestidos con el estereotipo de la vestimenta de estos conglomerados humanos, habitantes tanto de la costa ecuatoriana como de los valles del Chota y Mira. Como era de esperarse, iban pintadas sus caras de betún negro, o llevaban caretas de ese color y portaban el inseparable machete, que para los efectos de la comparsa era “de mentira”, hacían ostensible la ingesta del alcohol y, de momento en momento, realizaban insinuaciones cargadas de erotismo a las chicas jóvenes que presenciaban la fiesta.



Formando parte de la procesión, aunque no de la comparsa, iba San Juanito, dentro de una urna, cuyas andas eran portadas por las priostes y sus familiares y allegados más próximos, detrás de ellas se ubicaba la banda de pueblo que entonaba cánticos religiosos y también música profana, que servía de marco apropiado para el desplazamiento de los integrantes de las comparsas.

A lo largo del recorrido de la comitiva rumbo a la iglesia del

barrio, la comparsa se encontró con más de un vehículo de algún propietario de las casas del lugar, el mismo que fue impedido de pasar hasta que la comparsa termine su periplo. Era interesante observar la reacción de estas personas, que iba desde un notorio malestar, pasando por un asombro, hasta una curiosidad por tratar de entender qué estaba pasando. Para mucha gente era casi inconcebible que en un contexto urbano y moderno, se sigan dando estas expresiones culturales, otrora arquetípicas de la ruralidad. Similares reacciones se observaban entre las personas adineradas que, desde las ventanas y balcones de sus casas, observaban el paso de la comitiva.

2.3 El ritual continúa

Una vez que llegó la comparsa al atrio de la iglesia del barrio, se dio inicio a otra parte del ritual, territorialmente marcado de forma muy específica entre “lo sagrado y lo profano” (tomamos la terminología de Eliade, 1983), límite que fue impuesto, metafóricamente, por el propio santo, cuya urna fue depositada justamente a la entrada del templo, de espaldas al altar mayor y con frente al atrio. Detrás de él, estaba la solemnidad de la iglesia, espacio típicamente sagrado, marcando un superlativo contraste con el atrio, espacio profano en donde un animado baile y una copiosa ingesta de alcohol tenían lugar. Aquí ya no solamente danzaban los participantes en la comparsa, sino que el “pueblo lla-



no” ya había sido incorporado plenamente al festejo, en este contexto los sacerdotes de la fiesta de este año, botella en mano brindaban con amigos y conocidos, al mismo tiempo que invitaban para que todos participen de la celebración. La volatería aumentaba el natural bullicio, así como el frenético ritmo de los participantes.

Cuando los organizadores formales de la fiesta juzgaron que las actividades que se realizaban en el atrio de la iglesia ya debían ser concluidas, se dio paso a otra parte del ritual, pero esta vez en el contexto de lo sagrado, es decir, en el interior del templo. Para ello la imagen de San Juanito fue trasladada delante del altar mayor, lugar en el cual se iban a realizar las ofrendas, las mismas que serían entregadas al sacerdote oficiante.

El ritual que vino a continuación fue extraordinariamente significativo y de un colorido muy especial. Los integrantes de la comparsa, casi en su totalidad, ingresaron al templo por su costado derecho, en una sola fila, y se dirigieron directamente al lugar donde estaba el santo. Pocos metros antes de estar frente a él, se despojaban de su careta y ensayaban un saludo mímico al santo, o realizaban una pirueta, como darse de volantines; en otras ocasiones, más que saludo se esbozaba una apresurada mueca que arrancaba las sonrisas de los asistentes al templo. Casi en la totalidad de los casos, a estos gestos se les acompañaba de un contacto físico con la imagen, a la cual se la tocaba o se le daba un beso en sus pies. Una vez realizado este saludo ritual, depositaban la ofrenda (en casi la mayoría de los casos ésta consistía en un par de naranjas) que era ubicada en un saco de yute sostenido por las “ayudantas” de los sacerdotes. Justo al lado de estas personas permanecía el sacerdote celebrante, de pie, reflejando en su rostro la sorpresa e incredulidad respecto de lo que veían sus ojos, obviamente sin comprender claramente el contenido del ritual que se lo seguía realizando.

Habíamos mencionado que casi todos los bailarines habían entrado a la iglesia, quienes no lo hicieron fueron los diablos uma, puesto que,

“el demonio” no tiene cabida en el templo y sería un despropósito que él entrara. Otros personajes tampoco hicieron acto de presencia, quizás su resistencia al alcohol no había sido lo suficientemente fuerte y no se hallaban en estado de ingresar y, finalmente, otros por cuanto habían preferido quedarse bailando animadamente en el atrio del templo.

A continuación se celebró la misa, en cuya homilía el sacerdote destacó la importancia cultural de estas manifestaciones de la religiosidad popular, al mismo tiempo que planteó que había que cuidarse de los excesos en que podía caer la fiesta, por cuanto ellos empañaban la propia celebración de San Juan. La misa terminó en medio de la impaciencia generalizada por continuar con la celebración profana de la fiesta. Faltaban aún una serie de acontecimientos por realizarse, todos ellos enmarcados dentro de los rigores del ritual festivo.

Una vez concluida la celebración de la misa, con todas las peculiaridades reseñadas, los miembros de la comparsa se reagruparon en el atrio de la iglesia, y se dirigieron rumbo al estadio, ubicado en la parte baja del barrio, en donde se realizarían una serie de eventos para poner fin a la fiesta en su primer día. Nuevamente la agitación se adueñó del grupo, y todos los miembros del cortejo, con ágiles pasos de danza, avanzaban rumbo al estadio. En esta ocasión también formaban parte del grupo quienes



se encargarían de la volatería, las vacas locas, la chamiza¹⁴ y los esperados castillos, con cuya quema se daría por concluida la fiesta en su primer día. Cuando la caravana llegó al lugar de destino, una gran cantidad de gente ya había tomado posesión de los graderíos. El ambiente reinante era de gran agitación, dicha agitación llegó a su clímax cuando todos los miembros de la comparsa comenzaron a bailar frente a la tribuna, haciendo gala de su capacidad dancística y su gran resistencia física, puesto que, ya llevaban horas bailando. Formaron un amplio círculo y seguían girando con ese recorrido, al ritmo de la banda y/o disco móvil, ante el regocijo de los presentes que continuaban aumentando en número. Por la cantidad de disfrazados, lo colorido de sus trajes y la enorme agilidad de sus movimientos, formaban un conjunto inolvidable que robaba la vista.

Después de largos momentos de intensa danza, por breves minutos paraba la música, lapso que era aprovechado por un director de fiesta quien, micrófono en mano, se servía de esta pausa para agradecer a los priostes y demás personas organizadoras de la fiesta, vivir al santo e invitar a que todos participen de la mejor forma con los festejos de San Juanito. Inmediatamente de esos cortes se reiniciaba la danza con el mismo ánimo de antes. El festejo seguía desarrollándose, hasta cuando por el altoparlante se anunció la presencia de las vacas locas. Al menos una decena de ellas irrum-pieron en el espacio del baile, ricamente ataviadas con frutas, serpentinas, papeles de múltiples colores y todo cuanto podría ser puesto a manera de adorno. Su presencia causó gran animación, la misma que subió de tono cuando parte de su estructura fue prendida con fuego y quienes la portaban comenzaron a “embestir” a los asistentes, quienes en su afán de librarse de la “cornada” corrían despavoridos, lo cual causaba gran hilaridad entre los presentes. Más de

14 La chamiza es una gran recolección de hojas y plantas secas que son cortadas en las colinas aledañas al barrio y transportadas al estadio con el fin de ser quemadas. Simbólicamente cumplen el papel de ser purificadoras de toda mala fuerza, gracias a la intensidad del fuego que ellas despiden.



una vez, alguien del público dio con su anatomía por el suelo ante el regocijo de todos. Esta secuencia de la fiesta llegó a una intensidad superlativa cuando hizo su aparición un “toro loco¹⁵”, cuya dimensión era colosal, y su “bravura extrema”. Este personaje causó sensación entre los asistentes, y condujo a la fiesta a una intensidad inusitada, puesto que en afán de escaparse de las cornadas y del fuego que desprendía su estructura, más de un curioso rodó por el piso, hecho que era ruidosamente festejado por los presentes.

Cuando la actuación del toro loco concluyó, se restableció la situación existente hasta antes de su apareamiento, es decir, continuó el baile lleno de animación, suspendido por escasos minutos por la participación del maestro de ceremonias, quien desde el micrófono seguía dando anuncios relacionados con la fiesta, con los patrocinadores, con el barrio, y, desde luego, se siguió vivando a San Juanito en cuyo honor se hacía todo este festejo.

15 En la fiesta popular tradicional, la vaca loca ha sido uno de los personajes infaltables de la celebración, pero en la constante innovación de contenidos a la que está sujeta la fiesta, para la celebración de San Juan en Cumbayá, se había introducido al toro loco, personaje que cumplía los mismos roles de la vaca, pero que se diferenciaba de ésta, por su gran tamaño y su enorme “ferocidad”.

Cerca de la media noche se “avivó” la chamiza que había sido prendida horas antes, lo cual sirvió de preludio para otro de los actos principales de aquella noche: la quema de los castillos que previamente habían sido armados en la parte de atrás de la cancha. La música y el baile se suspendieron para dar lugar a la actuación de los “coheteros”, quienes con su habitual maestría encendieron los castillos ante el regocijo de los asistentes. Las luces multicolores que de ellos se desprendían, así como la infinidad de figuras que ellos formaban, provocaban la exclamación de asombro entre los presentes, quienes no se perdían un solo detalle de esta parte de la fiesta. Los últimos destellos de luz terminaron por consumirse y con ello se dio por concluida, por ese día, la celebración. Lentamente y con el corazón lleno de emociones comenzaron a retirarse del estadio los asistentes, priostes, capitanes, disfrazados, músicos y todos cuantos tuvieron un papel protagónico en los eventos reseñados de forma sucinta. Lo poco que quedaba de la noche sin duda serviría para recuperar las fuerzas y continuar el día siguiente con otras actividades dentro de las festividades de San Juan de Cumbayá.

2.4 La fiesta y sus obligaciones.

En las líneas anteriores hemos realizado una reseña de una serie de actividades dentro del entorno de la fiesta, ahora bien, cabe destacar que todas esas acciones implican una apretada red de obligaciones entre los patrocinadores de la misma, las cuales se llevan adelante dentro de una lógica especial, matizada por la tradicional solidaridad del mundo andino, en donde la reciprocidad y en algunos casos la redistribución, sirven de elementos ordenadores del tejido social, es decir, que más allá de lo lúdico, alrededor de la fiesta se crean y se renuevan una serie de relaciones, obligaciones y derechos entre los miembros del colectivo, las mismas que van a servir de referentes en la realización de las acciones cotidianas, cuando la fiesta ha concluido.

La gestión de los priostes, en primer lugar, implicará que los mismos deban haber hecho una serie de “alianzas” con otras personas, para invitarlas a participar con ellos en la organización de la fiesta. Claro está que el pasar el cargo, fundamentalmente es una responsabilidad de él o los prios-tes, pero ellos pueden delegar responsabilidades en otros personajes como el Capitán, las veladoras, los estanqueros, los disfrazados, etc., etc. Esta delegación de las responsabilidades implica una solidaridad económica, pero fundamentalmente socio cultural¹⁶. Las relaciones entre priostes y capitanes, prioste o disfrazados, por ejemplo, nunca será igual después de la celebración de la fiesta. Los niveles de compromiso, solidaridad y respeto, por nombrar a unos cuantos, a futuro se desarrollarán de diferente manera en relación con las épocas anteriores.

El dar, recibir y devolver tan bien expresado por Marcel Mauss en su estudio sobre el Don (1954), permitirá el establecimiento de una abigarrada red de relaciones que no se borrarán con el tiempo, sino que se seguirán ratificando a futuro. La fiesta con todas estas incidencias refuerza el carácter comunitario de los habitantes del barrio, circunstancia que marca un muy profundo contraste con el nuevo tipo de relaciones que va estableciendo el proceso de urbanización y modernización que se sigue extendiendo en la zona, donde la individualidad y la superlativa vigencia del yo, en reemplazo al nosotros, poco a poco se va constituyendo en el *modus vivendi*.

Todas estas acciones relativas a la reciprocidad y/o redis-tribución aún vigentes dentro de ciertos pobladores de Cumbayá, son una de las

16 Por ejemplo, cuando se trata de solventar los gastos de la fiesta, los priostes solicitan “jochas” a determinadas personas, las mismas que consisten en proveer al prioste con un determinado bien, gallinas, frutas, etc. las mismas que serán devueltas por el prioste, en las mismas proporciones, cuando los jochantes tengan que pasar la fiesta.

herencias derivadas de un rico pasado indígena, en donde esos conceptos formaban parte esencial de su cultura, pero lo interesante es señalar que estos habitantes ni por su propio criterio, ni por criterio de los otros se consideran indígenas, no obstante siguen manteniendo esa rica tradición cultural y la van transmitiendo a las generaciones futuras. Desde este punto de vista y a nivel de la fiesta, existe una convivencia armónica entre el pasado y el presente, como muy bien lo expresa el libro Antigua Modernidad, Memorias del Pasado (Salman, Tom, Eduardo Kingman, 1999), aunque las condiciones, tanto individuales como sociales, en otros contextos hayan cambiado de forma drástica.

III. Lo tradicional y moderno

3.1 No grandes contradicciones

Si es que nos superáramos única y exclusivamente en la observación de la fiesta, especialmente mirando su aspecto ritualístico y performativo, bien podríamos quedarnos con la idea que entre los conglomerados sociales que participan de la fiesta y los “recién llegados a Cumbayá”, existe una distancia abismal. Más de un



observador no acostumbrado a estas festividades estaría esperando, sin lugar a dudas, que una vez que los disfrazados se despojen de sus atuendos festivos, se va a encontrar con un sector indígena o cuando menos campesino, pero ciertamente muy diferente de los pobladores urbanos que ahora abundan en Cumbayá. Pero... ¡cuán grande es la sorpresa! Los disfrazados, en su gran mayoría eran de características similares a los observadores, empleados en Quito, burócratas, docentes de las escuelas del valle de Tumbaco y Cumbayá, artesanos por cuenta propia o trabajadores de la construcción, es decir, ciudadanos cuya mayor diferencia respecto de los otros, sin lugar a dudas dice relación a su posición económica y quizás al nivel formal de educación, al cual se accede en base al factor económico precisamente. En todo lo demás, la semejanza es notoria, todo lo cual nos hace ratificar que, en términos de la gente, no estamos hablando de grandes diferencias y por lo tanto de grandes contradicciones. Lo que ciertamente marca un claro contraste es su visión del mundo, dentro de la cual, pese a los grados de modernidad que ya han sido incorporados en muchos sentidos dentro de sus propias vidas, todavía existen “esos otros valores”, como el relacionado con la celebración festiva y todo lo que viene con ella.

3.2 Son modernos pero...

Cuando levantábamos información sobre la fiesta que sirve de punto de partida para este artículo, una de las notas curiosas que pudimos constatar entre los presentes y familiares de los participantes, era la enorme profusión de cámaras digitales de video, a través de las cuales no se perdían detalles de los múltiples pasajes de la fiesta. Era un hecho constatable que la presencia de la modernidad tecnológica y la tecnología digital era una parte integrante de sus vidas; cosa similar podríamos acotar respecto de los teléfonos celulares. La modernidad, con su cara tecnológica, había llegado hasta estos conglomerados sociales para no irse jamás, de esto no cabía duda.

Esta gran recreación del mundo moderno alcanzaba matices diferentes al momento de la comida y la bebida, donde el “mundo de lo tradicional”, expresado por comidas tan típicas como el cuy, el cerdo preparado en forma tradicional o la ingesta de la ver-nácula chicha de jora, eran parte de las viandas que se ofrecían y que eran recibidas de la forma más entusiasta por los asistentes. De la misma forma, la música que acompañaba a la comparsa (especialmente cuando era la banda de pueblo y no el disco móvil), podría ser catalogada de muy tradicional, pese a ello era muy bien recibida, no obstante que entre los participantes había una gran cantidad de jóvenes quienes entusiastamente bailaban con esos ritmos (igual entusiasmo se advertía cuando el disco móvil tocaba el reggetón, uno de los ritmos de última generación con gran aceptación entre los jóvenes, especialmente).

De las observaciones realizadas en este acápite, queda claro que “los mundos de lo tradicional y moderno” no son tomados como antagónicos entre los habitantes de San Juan de Cumbayá, sino que sus pobladores, especialmente los jóvenes, han tenido la capacidad de integrarlos a discreción, sin hacerse problemas. Más que eso, tienen una

gran capacidad para pasar del un lado al otro, de "cruzar las fronteras", como diría Fredrik Barth (1976), cuando las circunstancias lo ameriten, sin aparentes conflictos.



Lo que si es notorio es que, en la dinámica de la fiesta, si está en juego la adquisición de un prestigio, que aumentará el estatus social de quienes la patrocinan. Ante los ojos de los pobladores de San Juan de Cumbayá, la pareja de

priostes, el capitán y demás personajes de la celebración, después de ella habrán acrecentado su prestigio social, el mismo que, en algún sentido, será la recompensa al esfuerzo desplegado, en todos los contextos.

3.3 La permanencia de la fiesta está garantizada.

Muchas veces, y con sobradas razones, creemos que las diversas manifestaciones de la cultura popular están en serio peligro de desaparecer, debido al embate de la modernización y los procesos urbanos. Esta afirmación es correcta para muchos casos. Con el correr de los años y la plena vigencia de los procesos mencionados, hemos sido testigos de la aniquilación de otrora elementos importantes de la cultura popular. Por fortuna, en el caso de la fiesta de San Juan de Cumbayá, con todos sus antecedentes y consecuentes, los hechos nos hacen pensar que en este caso particular no será así, por el contrario, fuimos informados que año a año la activa participación popular crece y que los jóvenes, quizás en un esfuerzo consciente o inconsciente, de cara al mantenimiento de su identidad, amenazada por agentes exógenos y endógenos, se van involucrando de forma masiva en su realización, en un afán por conservar la tradición con todo lo que ello significa. Desde este punto de vista, sin idealismos ni exceso de optimismo, pensamos que al menos esta fiesta, por las circunstancias anotadas, ha garantizado su permanencia a futuro.

Conclusiones

- El análisis realizado sugiere que cualquier perspectiva reflexiva que pretenda poner en compartimentos estancos a lo tradicional y lo moderno, peca de esquemática y de miope. Es evidente que existe una continuidad cultural que va incorporando nuevos elementos, pero que no rompe, en modo alguno con los anteriores, a los cuales se los asume como tales, o se los refuncionaliza.

- Si bien es verdad que el proceso de desarrollo urbano sirve como un elemento disruptor, en algunos niveles, de una tradicionalidad cultural, no es menos cierto que algunos colectivos sociales han creado mecanismos adecuados para que dicho proceso no aniquile prácticas culturales anteriores, sino que, inclusive las refuerce. El caso de estudio analizado, ilustra de manera fehaciente este planteamiento.

- Una de las gratas sorpresas que deja el análisis de la fiesta de San Juan de Cumbayá es que los jóvenes, de ambos sexos, se sienten motivados a seguir participando en las ritualidades tradicionales del barrio, quizás como un esfuerzo consciente o no, de cara al mantenimiento de su identidad cultural.

- En esta fiesta como en otras similares observadas a lo largo y ancho del país, se hace evidente que los aspectos preformativos del ritual han cambiado en diversos grados, de acuerdo al sitio al que nos refiramos. Respecto de los contenidos simbólicos y la explicación de los mismos, el panorama es distinto. Se advierte que en muchos casos son rutinas que se siguen “porque siempre se ha realizado así”, pero, no en todos los casos, la explicación va más allá de eso.



- La devoción religiosa de la fiesta, en el contexto de la religiosidad popular, es rigurosamente mantenida, especialmente por las personas mayores. En las generaciones jóvenes, el aspecto lúdico de la misma es uno de los hechos que más les convoca.

- La seriedad del compromiso de asumir la fiesta, con el fiel cumplimiento de los roles distin-

tos que ella marca, han sido celosamente conservados y practicados. Algún tipo de variaciones que se han presentado han sido derivadas de las condiciones económicas de crisis en la que vive la mayoría de los ecuatorianos. n

Bibliografía

Barth, Fredrik

1976 Grupos Étnicos y sus Barreras. México. Fondo de Cultura

Elíade, Mircea

1983 Lo Sagrado y lo Profano. Madrid: Editorial Labor.

Mauss, Marcel

1954 (1924) The Gift. New Cork: Free Press.

Salman, Ton y Eduardo Kingman

1999 Antigua Modernidad, memorias del pasado. Quito: FLACSO.